

Si lee el programa y no lo entiende, tenemos un problema. Estrategias funcionales para el ataque descortés en el debate cara a cara

If You Read the Programme and Are Unable to Understand It, We Have a Problem. Functional Strategies for Impolite Attacks in Face-to-Face Debates

FRANCISCO FERNÁNDEZ GARCÍA
UNIVERSIDAD DE JAÉN

Artículo recibido el / *Article received*: 23-10-2014
Artículo aceptado el / *Article accepted*: 21-01-2015

RESUMEN: En el marco de las investigaciones pragmático-discursivas, este trabajo se adentra en el análisis de la descortesía en el debate electoral cara a cara a partir del debate que enfrentó a A. Pérez Rubalcaba y M. Rajoy en noviembre de 2011. Como parte de un proyecto investigador de mayor envergadura, presenta los tres puntos de referencia en torno a los que se estructura la investigación (estrategias funcionales de descortesía, mecanismos empleados en su ejecución y repercusiones sociales de los actos descorteses), deteniéndose especialmente en el primero de ellos. Además, profundiza en la primera de las cuatro macroestrategias de descortesía aisladas en el corpus y analiza en detalle el funcionamiento de dos de las cuatro estrategias en que dicha macroestrategia toma cuerpo. Este análisis, que constituye el núcleo del trabajo, se centra en la caracterización funcional de los ataques, pero sin perder de vista, de forma complementaria, los otros dos ángulos del análisis, el de los mecanismos lingüístico-discursivos empleados en su ejecución y el de la naturaleza de los ataques desde la perspectiva teórica de la descortesía lingüística.

Palabras clave: descortesía, debate electoral, estrategias, mecanismos, Rubalcaba, Rajoy.

ABSTRACT: In the framework of discursive-pragmatic research, this paper delves into the analysis of impoliteness in face to face electoral debates, having the debate between A. Pérez Rubalcaba and M. Rajoy in November, 2011 as a reference corpus. As a part

of a larger research project, it presents the three points of reference around which the research is structured (functional strategies of impoliteness, mechanisms used in their implementation and social consequences of impolite acts), with special attention to the first one. In addition, it explores the first of the four impoliteness macrostrategies founded in the corpus and examines in detail the operation of two of the four strategies in which macrostrategy develops. This last analysis, which constitutes the core of the paper, focuses on the functional characterization of the attacks, but without forgetting, in a complementary way, the other two angles of the analysis, the linguistic-discursive mechanisms used in its implementation and the nature of the attacks from the theoretical perspective of linguistic impoliteness.

Keywords: Impoliteness, Electoral Debates, Strategies, Mechanisms, Rubalcaba, Rajoy.

1. Introducción

Los debates electorales cara a cara al máximo nivel se han convertido en un componente de singular importancia en los procesos electorales de la mayor parte de las democracias occidentales. Y, si bien queda lejos de ser evidente qué grado alcanza la influencia objetiva de estos debates sobre el resultado electoral final, lo cierto es que acostumbran a despertar gran interés entre la ciudadanía. Así ocurrió en España con los debates entre F. González y J. M. Aznar en 1993, entre J. L. Rodríguez Zapatero y M. Rajoy en 2008 y entre A. Pérez Rubalcaba y M. Rajoy en 2011. Las audiencias millonarias que acumulan hacen entender que los candidatos acostumbran a echar toda la carne en el asador en la intensa actividad dialéctica que desarrollan, que se resume en la conjunción de dos elementos: el ataque al adversario y la defensa de las propias posiciones. Pues bien, este trabajo se centra en el análisis de la primera de dichas vertientes de la actividad retórica del orador político, en su lado destructivo, en el ataque al adversario como herramienta con la que, usada en su justa medida, lograr el triunfo. El entorno analítico desde el que se aborda dicho estudio es el de la (des)cortesía lingüística, dentro del marco más amplio de las investigaciones pragmático-discursivas.

2. Objetivos

En el contexto investigador de los trabajos dedicados al análisis de los debates electorales cara a cara celebrados en nuestro país,¹ planteábamos en una publicación previa (Fernández García, 2013) las líneas maestras de una propuesta teórico-metodológica para abordar el estudio de la descortesía en este tipo de eventos discursivos. El presente trabajo, por su parte, centrándose específicamente en el análisis del debate entre A. Pérez Rubalcaba y M. Rajoy celebrado en 2011, se propone avanzar por ese camino conforme a los siguientes objetivos:

- a) delimitar con nitidez los tres puntos de referencia en torno a los cuales se estructura la investigación, a saber, estrategias funcionales de descortesía, mecanismos empleados en su ejecución y repercusiones sociales de los actos descorteses;
- b) profundizar en el primero de tales aspectos, las estrategias funcionales, presentando y caracterizando la nómina de estrategias aisladas y ofreciendo, además, algunos datos generales sobre su diferente peso en el corpus analizado;
- c) focalizar el análisis sobre la primera de las cuatro macroestrategias que componen la nómina general, con una caracterización cualitativa y cuantitativa tanto del conjunto como de las cuatro estrategias que la componen, y
- d) presentar el análisis específico de dos de esas cuatro estrategias, caracterizándolas en detalle, estableciendo subtipos, discutiendo ejemplos, etc.

3. Corpus de trabajo

Nuestro análisis se basa, decíamos, en el último cara a cara de máximo nivel celebrado en España, el que mantuvieron A. Pérez Rubalcaba y M. Rajoy en noviembre de 2011, que tuvo lugar trece días antes de las elecciones generales y que constituye un corpus de algo más de 110 minutos de duración. Ambos candidatos lideraban, en aquellos momentos, sus respectivas formacio-

1. En el caso de los debates González-Aznar de 1993, destacan los trabajos de Blas Arroyo (2001 y 2003, entre otros). En lo referente a los debates Zapatero-Rajoy de 2008, podemos citar a Fernández García (2008), Ridaio Rodrigo (2009) o Bañón Hernández (2010).

nes políticas, progresista en el primer caso y conservadora en el segundo, en un panorama político claramente bipartidista.² Rubalcaba era secretario general del Partido Socialista (PSOE) y candidato de esta formación a la presidencia del Gobierno; Rajoy, por su parte, presidente del Partido Popular (PP) y también candidato de su partido a la presidencia del Gobierno.³ Las elecciones habían sido convocadas de forma anticipada por el presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero (PSOE), en un contexto de fuerte crisis económica.

El debate fue organizado por la Academia de las Ciencias y las Artes de la Televisión y moderado por el periodista Manuel Campo Vidal. Su estructura y organización interna mostró apreciables diferencias respecto de la de sus antecedentes inmediatos de 2008 (los que enfrentaron a Zapatero y Rajoy), que se caracterizaron por la homogeneidad y simetría de sus partes, muy parceladas en cinco bloques, con un número de turnos estrictamente definido y una duración también predefinida con exactitud para cada turno. La estructura de turnos de 2011 fue, por el contrario, más flexible, con la idea de que, por encima de la exactitud en los tiempos de cada intervención, primara el principio de la equidad en los tiempos totales.

Los bloques temáticos fueron tres, de distinta duración, precedidos de una intervención inicial de dos minutos por candidato y una de cierre de tres minutos. Se propuso un primer bloque de cuarenta minutos, dedicado a economía y empleo, un segundo, de treinta, dedicado a políticas sociales, y un tercero, de veinte, planteado como bloque de miscelánea, de temática abierta. En cada uno de ellos, se asignaba la mitad de tiempo a cada candidato, con la indicación de que lo consumiera como estimara oportuno, aunque con una cantidad de intervenciones estimada orientativa (cinco en el primer bloque, cuatro en el segundo y tres en el tercero), estimación que, por cierto, se cumplió finalmente a rajatabla. Por lo demás, solo se predefinía quién abría y quién cerraba cada turno.

La transcripción de los ejemplos a lo largo de este texto sigue las convenciones expuestas, al final del trabajo.

-
2. Esa situación ha cambiado, sin embargo, a partir del año 2014, con la fuerte irrupción de *Podemos*, formación política liderada por Pablo Iglesias, que amenaza manifiestamente el equilibrio bipartidista vigente en España desde hace varias décadas.
 3. Ambos habían ocupado, además, cargos de relevancia en gobiernos previos de sus respectivos partidos: Rajoy había sido ministro y vicepresidente en gobiernos del PP presididos por José María Aznar (presidente entre 1996 y 2004); Rubalcaba, por su parte, había sido ministro en gobiernos del PSOE presididos por Felipe González (presidente entre 1982 y 1996), así como ministro y también vicepresidente bajo la presidencia de José Luis Rodríguez Zapatero (presidente entre 2004 y 2011).

4. Estrategias, mecanismos y repercusiones sociales

Como adelantábamos más arriba, la propuesta analítica para el debate electoral cara a cara que presentábamos en Fernández García (2013) proponía que dicho análisis girara en torno a tres polos:

- a) las estrategias funcionales de las que se sirven los oradores para atacar a su adversario,
- b) los mecanismos lingüístico-discursivos que utilizan para implementar dichas estrategias y
- c) las repercusiones que tales ataques tienen desde el punto de vista de la descortesía lingüística.

En este sentido, conviene comenzar por señalar que la (aunque reciente en el tiempo, ya importante) tradición de estudios sobre la descortesía ha tendido a mezclar de forma más o menos indiscriminada, desde el trabajo pionero de Culpeper (1996), lo que podemos distinguir como estrategias para el ataque descortés y mecanismos lingüísticos para llevarlas a cabo, y ello tanto en obras planteadas desde un enfoque más o menos general (por ejemplo, Bousfield, 2008) como en las dedicadas específicamente al debate político (por ejemplo, García-Pastor, 2008) o a otros géneros como la pseudotertulia televisiva (por ejemplo, Fuentes Rodríguez y Alcaide Lara, 2008). Así pues, nosotros partimos de una distinción nítida y explícita entre, por un lado, las *estrategias funcionales* (o, simplemente, *estrategias*), que nos dan cuenta, básicamente, del tipo de acción que el orador lleva a cabo (como, por ejemplo, tachar de incompetente a su adversario o acusarle de mentir); y, por otro, los *mecanismos* mediante los que tales estrategias se ejecutan (ya sea, pongamos por caso, mediante determinado uso de los deícticos, ya sea mediante un acto de habla irónico).

Sin detenernos ahora en la caracterización de las estrategias, a las que dedicamos el núcleo del trabajo, hagámoslo brevemente en los mecanismos. No debemos perder de vista, en relación con ellos, que, como señala Brenes Peña (2009: 156), es más que arriesgado asignar a priori un valor cortés o descortés a las formas lingüísticas, al margen del entorno contextual en que son utilizadas, siendo precisamente la interacción entre ambas dimensiones la responsable última del funcionamiento, en uno u otro sentido, de una determinada secuencia. De este modo, establecer una clasificación de estos mecanismos no debe conducir a pensar que sean *mecanismos de descortesía*: se trata de mecanismos lingüístico-discursivos mediante los que se ejecutan las estrategias, estas sí, de descortesía. En la clasificación de dichos mecanismos distinguimos mecanis-

mos *explícitos* (*locales, discursivos e interaccionales*) y mecanismos *implícitos* (*preliterales y postliterales*; y, dentro de estos últimos, los que surgen *por el contexto* y los que surgen *por la ruptura de una convención de cortesía*).

En cuanto a las repercusiones que el uso de las estrategias tiene desde el punto de vista de la descortesía lingüística, el tercer polo de interés de nuestro análisis, frente a teorías alternativas como la del *politic behavior* de Watts (2003), nos ubicamos en la tradición que, a partir del trabajo clásico de Brown y Levinson (1978, 1987), sitúa las claves de la investigación sobre la (des) cortesía en torno a la gestión de la imagen y de los ataques que recibe, si bien nos alejamos de la versión clásica para apoyarnos (como hacen, por ejemplo, Culpeper *et alii*, 2010, y Culpeper, 2011) en el modelo teórico desarrollado por Spencer-Oatey a lo largo de diversas publicaciones (entre ellas, 2002, 2005, 2007 y 2008). Conforme a esta teoría de la *gestión interrelacional (rapport management)* de Spencer-Oatey, distinguimos los ataques contra la imagen de los ataques contra los derechos de socialización; y, dentro del primer tipo, los ataques contra la imagen cualitativa (*quality face*), la imagen identitaria (*social identity face*) y la imagen relacional (*relational face*), mientras que, dentro de los segundos, los ataques contra los derechos de equidad (*equity rights*) y contra los derechos afiliativos (*association rights*). Se trata de una propuesta rica y flexible que ofrece, sin duda, un marco idóneo para la comprensión de la naturaleza del ataque descortés en el debate electoral.

5. Estrategias funcionales

Conviene, antes de nada, que nos detengamos en el término *estrategia*. Al-belda y Barros (2013: 18-19) explican que debe distinguirse nítidamente entre *cortesía normativa* y *cortesía estratégica*: mientras que la primera viene dada por las pautas de comportamiento que imponen los contextos comunicativos, la segunda «consiste en el uso de mecanismos discursivos que cuidan la imagen de los interlocutores con el fin de conseguir que nuestros mensajes resulten más eficaces». Es decir, que la reflexión sobre la dimensión estratégica de la cortesía destaca el hecho de que el hablante puede servirse de ella en su propio beneficio, para lograr sus fines comunicativos (Bravo, 2001). Pues bien, trasladando dicha diferencia al plano de la descortesía, hemos de entender que nos disponemos a analizar la *descortesía estratégica* que los oradores desarrollan en los debates cara a cara, habitualmente muy distinta de la que podríamos denominar *descortesía espontánea* del habla cotidiana: frente al ser descortés porque a uno «le sale» en la conversación, los candidatos acostumbran a ser medidamente descorteses

con el fin claramente delimitado de vencer al adversario en la pugna dialéctica. Por consiguiente, al igual que señala Fuentes Rodríguez (2013: 3) en su estudio sobre el discurso parlamentario andaluz, no se trata de observar la descortesía «en su vertiente social como un comportamiento inadecuado (en relación con las normas sociales) sino en el uso estratégico» que los oradores hacen de ella con vistas a la consecución de sus fines comunicativos.

A partir de dicha precisión, señalemos que las estrategias funcionales de descortesía en el debate dan cuenta del tipo de acción que el orador político lleva a cabo cuando ataca al adversario. Tomando como punto de partida las aportaciones de Culpeper (1996), Bousfield (2008) y Blas Arroyo (2011), en Fernández García (2013: 162-163) proponíamos una primera nómina de estrategias, que presentamos ahora reelaborada a la luz de los datos obtenidos en el análisis minucioso de nuestro corpus. Distinguimos cuatro macroestrategias, cada una de ellas, a su vez, especificada en distintas estrategias:

1. Asociar al adversario con hechos (proyectos, valores, comportamientos, etc.) negativos.
 - 1.1. Criticar (o mostrar el fracaso de) sus ideas, acciones, etc.
 - 1.2. Decirle que está equivocado, mostrar desacuerdo, contradecirle, etc.
 - 1.3. Acusarlo de ignorancia, incompetencia o inacción.
 - 1.4. Criticar su comportamiento discursivo.
2. Atacar la credibilidad del adversario.
 - 2.1. Afirmar que carece de credibilidad.
 - 2.2. Acusarlo de mentir (faltar a la verdad, etc.).
 - 2.3. Acusarlo de ocultar la verdad o esconder intenciones aviesas.
 - 2.4. Tacharlo de contradictorio o incoherente, poner de relieve sus contradicciones o incoherencias.
3. Marcar las distancias con el adversario y mostrar su inferioridad.
 - 3.1. Hacer manifiestas las diferencias que los separan.
 - 3.2. Hacer patente su aislamiento.
 - 3.3. Menospreciarle, mostrarle indiferencia.
 - 3.4. Burlarse de él, ridiculizarle.
4. Invadir el espacio del adversario, plantearle obstáculos.
 - 4.1. Desvelar hechos que le incomoden.
 - 4.2. Hacer patentes las carencias de sus argumentos.
 - 4.3. Instarle a (o presionarle para) que haga (o deje de hacer) algo.
 - 4.4. Impedirle expresarse con fluidez.

Comenzando por una primera aproximación cuantitativa general, podemos señalar, antes de entrar en detalle, que dos de las cuatro macroestrategias propuestas mostraron, en nuestro debate de 2011, una importancia cuantitativa sobresaliente dentro del conjunto, rozando entre ambas el 70 % del total de ataques descorteses registrados: la macroestrategia 1 («asociar al adversario con hechos (proyectos, valores, comportamientos etc.) negativos»), con un 40,94 %, y la macroestrategia 4 («invadir el espacio del adversario, plantearle obstáculos»), con un 27,54 %. Esta primera aproximación cuantitativa resulta ya un indicio de notable interés acerca de por dónde va la actuación de los oradores a la hora de intentar dañar al adversario para hacerse con la victoria en el debate: criticarle y mostrar un sistemático desacuerdo con él es el objetivo primario de su acción discursiva, configurándose como segunda meta el intentar entorpecer el desarrollo de sus argumentaciones y ataques. Entre el 10 % y el 20 % se sitúa el uso de las otras dos macroestrategias, la 2 («atacar la credibilidad del adversario»), que alcanza el 12,68 %, y la 3 («marcar las distancias con el adversario y mostrar su inferioridad»), que arroja un dato de uso general del 18,84 %. Estas cifras se muestran en el gráfico 1.

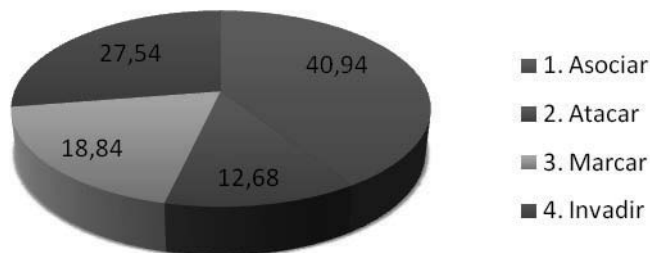


Gráfico 1. Distribución general del uso de las cuatro macroestrategias (%)

Más allá del interés de estos datos generales, sin duda orientativos, conviene no perder de vista que, como enseguida comenzaremos a ver, los desniveles de uso entre las distintas estrategias que se integran en cada macroestrategia (con un nivel de homogeneidad, parece claro, variable) son en ocasiones muy significativos, por lo que resultará mucho más revelador el panorama que se desprenda del análisis individual de cada estrategia (al fin y al cabo, hemos de pensar que las macroestrategias están concebidas como categorías generales para poner orden y otorgar un sentido más general a la investigación, pero son

las estrategias las unidades fundamentales de análisis). Y ese grado de interés aumenta aún más, a veces muy significativamente, cuando el análisis individual de las estrategias se realiza distinguiendo los datos por orador, unos datos diferenciales que esbozan los distintos perfiles oratorios de Rubalcaba y Rajoy durante el cara a cara de 2011.

5.1. Macroestrategia 1: «Asociar al adversario con hechos (proyectos, valores, comportamientos, etc.) negativos»

Tal y como anunciábamos al presentar los objetivos de este trabajo, vamos ahora a centrarnos en el análisis de la primera de las cuatro macroestrategias. Lo haremos, primero, con un acercamiento global para pasar después a observar en detalle dos de sus estrategias. Pues bien, la primera macroestrategia (con mucho, decíamos, la más usada) busca, en general, asociar al adversario con una sensación de negatividad: se equivoca, fracasa, es un incompetente y no se comporta discursivamente de manera adecuada. Se trata, probablemente, del camino más efectivo con el que cuenta el orador para atacar al adversario, de manera que no extraña que en ella se encuadren dos de las tres estrategias más utilizadas, de media, por Rubalcaba y Rajoy en nuestro debate: la 1.2 («decirle que está equivocado, mostrar desacuerdo, contradecirle, etc.»), con un 21,38 %, y la 1.1 («criticar (o mostrar el fracaso de) sus ideas, acciones, etc.»), con un 10,69 %. El conjunto de los datos aparece en el gráfico 2.

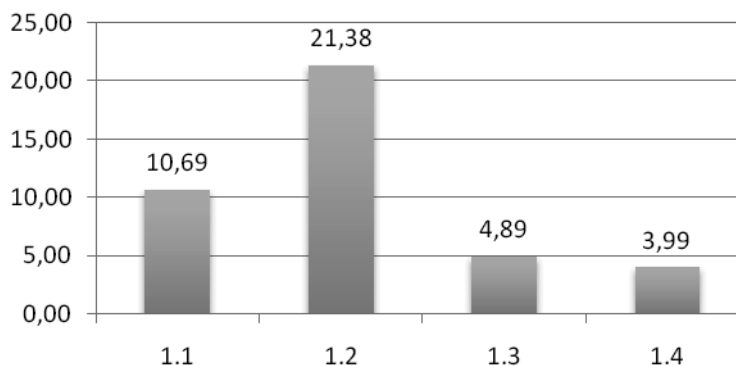


Gráfico 2. Uso de la macroestrategia 1 (%)

Los ataques que se canalizan mediante esta macroestrategia están, de manera general, dirigidos contra la imagen del adversario, al igual que ocurre con los de la macroestrategia 2 («atacar la credibilidad del adversario») y a diferencia de lo que sucede con los de las macroestrategias 3 («marcar las distancias con el adversario y mostrar su inferioridad») y 4 («invadir el espacio del adversario y mostrarle obstáculos»), en los que, aunque algunas estrategias se orientan también principalmente contra la imagen, predominan los ataques contra los derechos de socialización. En el caso de esta primera macroestrategia, pues, decimos que se dirige, en conjunto, contra la imagen del adversario, principalmente contra su imagen cualitativa o contra su imagen identitaria, según el caso, aunque también, a veces, contra su imagen relacional. Desde la perspectiva de las teorías clásicas de la cortesía, y empezando por Brown y Levinson (1978, 1987), resulta manifiesto que estos ataques se configuran como nítidas acciones de amenaza a la imagen positiva del destinatario, a su deseo de que el interlocutor le otorgue muestras de aprecio. En cuanto a las máximas de Leech (1983), parece claro que esta macroestrategia se dirige directamente contra la máxima de acuerdo, pudiendo también, en ciertos casos, atentar contra la de simpatía o, incluso, la de tacto.

En lo tocante al uso que, por regla general, los contendientes en un cara a cara hacen de esta macroestrategia, en más de una ocasión se ha señalado que, cuando uno de los dos principales candidatos pertenece al partido gobernante en ese momento (sea o no el presidente del Gobierno) y el otro al principal partido de la oposición (es decir, en sistemas más o menos bipartidistas, como ocurre, de hecho, en la mayoría de las democracias occidentales), suele ser el candidato de la oposición el que echa mano de ella de forma especialmente recurrente. Así ocurrió, explica Blas Arroyo (2011: 204), en los debates entre González y Aznar de 1993, en cuyo conjunto, las acusaciones de incompetencia o fracaso por parte del segundo (el candidato opositor) contra el primero (el presidente del Gobierno en esos momentos) se elevaron hasta 52, mientras que en sentido inverso, las de González contra Aznar, fueron solo 8.

En nuestro debate de 2011, la situación es paralela a la de 1993, en el sentido de que la formación gobernante en aquel entonces (como ocurriría también en los debates de 2008 entre Zapatero y Rajoy) era el PSOE, en contrándose en la oposición el PP, si bien con la ligera diferencia de que, mientras que González y Zapatero se enfrentaron, respectivamente, a Aznar y Rajoy como presidentes, Rubalcaba lo hizo como exvicepresidente y exministro frente a Rajoy en 2011. Lo cierto, en cualquier caso, es que esa distribución Gobierno/oposición apenas tuvo reflejo en nuestro debate para el conjunto del uso de la macroestrategia, pues Rajoy superó mínimamente a Rubalcaba en conjunto (con 116 frente a 110

apariciones), quedando cada uno de ellos por encima del otro en el uso de dos de las cuatro estrategias. Ahora bien, si tomamos en consideración solo las dos estrategias que resultan paralelas a las de los datos de Blas Arroyo (2011: 204), esto es, la 1.1 («criticar (o mostrar el fracaso de) sus ideas, acciones, etc.») y la 1.3 («acusarlo de ignorancia, incompetencia o inacción»), vemos cómo toma cuerpo la nítida diferencia prevista entre el candidato opositor y el gobernante, con 52 frente a 34 usos y con un Rajoy que llega a doblar a Rubalcaba en el uso de una de ellas, como vemos más abajo. Los datos comparativos entre uno y otro orador por lo que respecta al uso de las cuatro estrategias englobadas en la macroestrategia 1 aparecen en el gráfico 3.

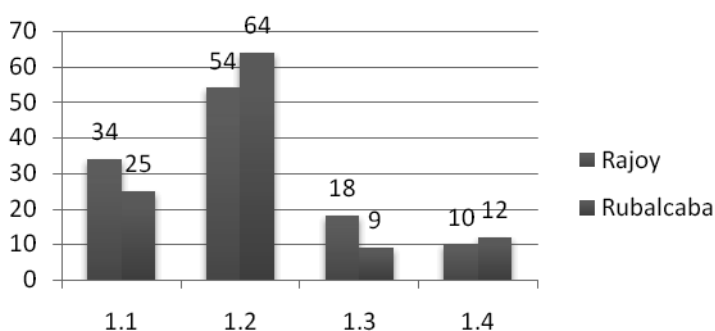


Gráfico 3. Uso de la macroestrategia 1 por orador (en términos absolutos)

Dado el hecho de que abordar el análisis de las cuatro estrategias sobrepasaría los límites de un trabajo como este, vamos ahora a centrarnos con más detalle en dos de ellas, que escogemos en función de su distinta naturaleza: frente a la 1.2 y la 1.4, que poseen un perfil más, podríamos decir, discursivo, en el sentido de que son, esencialmente, reacción a movimientos discursivos previos del interlocutor; frente a ellas, decimos, la 1.1 y la 1.3 se basan más en un principio crítico general contra lo que el adversario es, piensa, hace, etc. Nos centraremos, pues, en estas dos últimas, cuyo uso, según decíamos, parece ser especialmente característico, en los cara a cara, del candidato aspirante frente a aquel que se halla en el Gobierno.

5.1.1. Estrategia 1.1: «Criticar (o mostrar el fracaso de) sus ideas, acciones, etc.»

Siendo la segunda estrategia más usada dentro de la primera macroestrategia y la tercera del conjunto (con un 10,69 % del total), la de criticar al adversario y mostrar su fracaso es, indudablemente, una estrategia clave: todo lo que hace y todo lo que piensa el rival es merecedor de crítica, pues todo acaba por fracasar y perjudicar a los ciudadanos. Fue, en nuestro corpus, una estrategia importante para ambos oradores, pero despuntó en ella especialmente Rajoy, en quien resultó la tercera más usada (con un 11,72 %, correspondiente a 34 apariciones), frente a Rubalcaba, en quien se situó en cuarto lugar de importancia (con un 9,54 %, correspondiente a 25 apariciones).

La crítica contra el adversario (su fracaso en la gestión del poder, sus principios ideológicos caducos, etc.) toma cuerpo, de forma general, en ataques contra su imagen cualitativa o identitaria, en función de que el ataque adopte un perfil individual y personal o, al contrario, grupal, referido a algún colectivo en el que el candidato se integra (su partido, su Gobierno, etc.). Cualquier ocasión es buena para *colocar* la crítica al adversario, como, por ejemplo, cuando Rubalcaba aprovechó un lapsus de su contrincante para lanzar este ataque contra su imagen cualitativa a cuenta de un fracaso personal:

(1)

RAJOY: Ha empezado su intervención el señor Rodríguez Rub/ eh:: Pérez Rubalcaba eh:: es que hace cuatro años estuve aquí con el señor Rodríguez Zapatero.

RUBALCABA: Sí. <Per/ perdió el/ perdió el debate, lo recuerdo.>⁴

Corría el primer turno del primer bloque temático del debate y estas palabras de Rubalcaba constituyeron la primera interrupción (aunque sin consecuencias, pues aún tardaría bastantes minutos en llegar la primera sucesión relevante de interrupciones), de manera que al ataque contra la imagen cualitativa se sumaba otro contra los derechos de equidad, al invadir el espacio y la autonomía del interlocutor (uso de la estrategia 4.4, «impedirle expresarse con fluidez»).

La crítica personal, atingente a la imagen cualitativa del adversario, puede también dirigirse, como apuntábamos más arriba, contra (lo que el atacante plantea como) las ideas del candidato, sus principios ideológicos. Las de (2) son las palabras con las que Rajoy cerraba el tercer turno del primer bloque

4. Sonriendo.

temático después de haber planteado la necesidad de modificar la legislación laboral española:

(2)

RAJOY: Oiga, usted se ha quedado en el siglo XIX. Mire, es que esto es lo que se hace en todos los países del mundo. Esto es lo normal, es lo sensato y lo razonable, porque el mundo va evolucionando, aunque usted, pues sigue las doctrinas de otros que no se han dado cuenta de que cambiar de opinión y adaptarse a lo que pasa en el mundo es algo eh:: bastante necesario [*sonríe*].

En un ataque que bien puede entenderse, además, como una burla hacia el adversario (estrategia 3.4, «burlarse de él, ridiculizarle»), que atenta contra sus derechos afiliativos, el orador se sirve de la estrategia 1.1 para atacar de forma personal a su interlocutor a propósito de los que presenta como principios ideológicos anclados en el pasado.

Y, claro está, la crítica contra el contrincante tiene como objetivo prioritario los (planteados por el atacante como) estrepitosos fracasos de su gestión política. Es interesante, además, comprobar cómo esos fracasos son a veces lanzados contra la imagen cualitativa del candidato incluso aunque ello contravenga la lógica de los hechos, es decir, aunque pueda existir una responsabilidad grupal pero no específicamente individual al respecto. Rubalcaba acaba de iniciar el segundo turno del primer bloque temático de nuestro debate cuando, tratando sobre la posibilidad de que el Estado interviniera económicamente en los bancos afectados por el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, afirma:

(3)

RUBALCABA: Porque una cosa es comprar activos buenos de los bancos para venderlos y otra cosa es meterse en los activos tóxicos, que usted sabe que no valen nada. No es las viviendas, señor Rajoy, es el suelo. Es el suelo, ese que usted declaró urbanizable, ¿se acuerda?, urbi et orbe, y que ahora no vale nada. Eso es lo que está pesando el balance de los bancos.

«Ese que usted declaró urbanizable», afirma Rubalcaba, quien sabe muy bien que, cuando el Gobierno del presidente Aznar promulgó su ley del suelo de 1998, Rajoy era ministro de Administraciones Públicas, es decir, que Rubalcaba plantea como un ataque contra la imagen cualitativa de su adversario algo que, en rigor, no debería pasar de ser un ataque grupal, contra su imagen identitaria, como miembro de un equipo de Gobierno (tal y como, de hecho, el socialista lo había formulado en el turno anterior, al referirse a «la famosa

burbuja inmobiliaria», diciendo de ella «que se creó con la ley que ustedes pusieron en marcha en el año 98, la ley del suelo»).

Más allá de ejemplos como estos y de algunos otros, lo cierto es que el grueso de usos de esta estrategia 1.1 se marca como objetivo el daño a la imagen identitaria del candidato, es decir, posee un perfil grupal. Entre sus diferentes manifestaciones encontramos casos como los siguientes, en los que el adversario resulta atacado desde distintos ángulos, cuando el ataque se lanza contra:

- a) un conjunto del que el interlocutor forma parte (4),
- b) un conjunto del que no queda claro si forma parte, pero sí que está claramente vinculado con él (5),
- c) un conjunto del que no forma parte, pero al que está vinculado (6), o incluso
- d) un tercer individuo perteneciente a un conjunto al que el orador también pertenece o con el que está vinculado (7).⁵

(4)

RAJOY: En los últimos doce meses, gobernando ustedes, fíjense, el crédito a las administraciones aumentó 93.000 millones y el crédito a las empresas y a las familias bajó en 57.000 millones. Esa es la consecuencia de su política de dispendio.

(5)

RUBALCABA: Porque uno de estos ministrables suyos, sabe usted que andan filtrando ustedes gobiernos por ahí, lo que me parece, ciertamente, muy llamativo, ¿no? [...] oiga, espere que vote la gente, ¿no? Pero ¡bueno! ¡Oiga!

(6)

RUBALCABA: [...] yo le digo que en sus comunidades autónomas empieza a haber derivación de los empre/ de los enfermos más costosos hacia la sanidad pública para mantener el negocio de la sanidad privada, señor Rajoy. Y eso es gravísimo [...].

(7)

RUBALCABA: [...] lo que no puede ser es que se quite el dinero de la enseñanza pública, como está haciendo la señora Aguirre en Madrid,

5. Los pasajes 4 y 5 corresponden, respectivamente, al cuarto y el quinto turno del primer bloque temático; el 6 y el 7, al cuarto turno del segundo bloque.

RAJOY: Pero es que eso es falso.

RUBALCABA: y que se le dé dinero vía desgravaciones [...].

En (4), Rajoy hace patente el fracaso de la acción de un Gobierno del que Rubalcaba formaba parte; en (5), Rubalcaba critica una actitud poco respetuosa hacia los votantes por parte de un *ustedes* del que, si bien es evidente que Rajoy es la cabeza, como candidato a la presidencia, no está claro que sea miembro (es decir, que sea uno de los que «andan filtrando...»); en (6), utilizando el mecanismo local de un elemento léxico extremo como es «gravísimo», Rubalcaba critica la acción de gobiernos a los que Rajoy no pertenece, pero a los que, claro está, se halla vinculado, pues los ocupan miembros del partido que él preside; y en (7), por último, Rubalcaba critica (ante la protesta de Rajoy, que hace uso de la estrategia 2.2, «acusarlo de mentir (faltar a la verdad, etc.)») no ya a un Gobierno del PP, sino a la presidenta de uno de esos gobiernos, es decir, miembro de un colectivo al que Rajoy no pertenece pero está vinculado (el Gobierno autonómico del PP) y de otro al que sí pertenece (el propio partido).

De entre estos ataques contra la imagen identitaria en el marco de la estrategia 1.1, el caso más frecuente fue, con diferencia, el ataque por parte de Rajoy contra el Gobierno socialista del momento, en cabezado por el presidente Zapatero y del que, como el mismo Rajoy se encargaba de recalcar, Rubalcaba había sido miembro destacado:⁶

(8)

RAJOY: Oiga, entonces, ¿para qué sirve el Gobierno de España? Yo le voy a decir para qué sirvió el Gobierno de España del que usted formaba parte. Pues para lo que sirvió fue para empeorar las cosas y ponerlas mucho peor que en la mayoría de los países más importantes de la Unión Europea.

(9)

RAJOY: ¿Cómo tiene usted la osadía de hablar de seguridad, cuando ha sido miembro, y muy destacado, vicepresidente, de un Gobierno que ha dado lugar, con su gestión económica, a que más de tres millones de personas hayan perdido su puesto de trabajo?

Dado el papel protagonista, por tanto, de Rubalcaba en el Gobierno saliente, en especial durante los duros años del comienzo de la crisis, Rajoy incidía una y otra vez en la crítica contra dicho Gobierno, dejando muy claro que su fracaso era

6. Los pasajes 8 y 9 proceden del segundo y el cuarto turno del primer bloque temático, respectivamente.

el fracaso de Rubalcaba. De esas repetidas críticas, pueden destacarse dos rasgos especialmente caracterizadores: por un lado, en cuanto a su contenido, la idea, machaconamente repetida por Rajoy, de que la acción de gobierno socialista no solo había sido incapaz de solucionar los problemas sino que no había hecho otra cosa que empeorarlos; por otro lado, en cuanto al uso de recursos expresivos, la utilización continuada de elementos léxicos semánticamente extremos, mecanismo explícito encuadrado dentro del grupo de los locales.

En cuanto a la primera cuestión, paradigmáticamente clara en el pasaje (8) antes citado, véanse los ejemplos (10) y (11), correspondientes, respectivamente, al segundo y quinto turnos del primer bloque:

(10)

RAJOY: Fíjese, hace muy pocas fechas hicieron una gran reforma laboral, la vendieron en todos los medios de comunicación. ¿Para qué sirvió? Para que aumentara el paro, para que no creara empleo y, encima, para que nos encontremos hoy la noticia [...].

(11)

RAJOY: Esto son políticas de apoyo a las pymes, porque las pymes crean el 80 % [de] los puestos de trabajo en nuestro país. Ustedes han logrado destruir con su política económica muchas de ellas.

En (10), parecido a (8), Rajoy explicita de nuevo el hecho de que las acciones de gobierno de Rubalcaba y sus compañeros, lejos de ser solo improductivas, habían sido contraproducentes para la economía del país, lo que convertía en una urgencia nacional el cambio de Gobierno. En (11), por su parte, en el que el candidato popular contrasta méritos propios con deméritos ajenos (sirviéndose, por tanto, al mismo tiempo, de la estrategia 3.1, «hacer manifiestas las diferencias que los separan»), va un paso más allá cuando no solo deja claro que los socialistas han empeorado, una vez más, las cosas, sino que incluso lo han hecho a conciencia, con intención (idea que se desprende del uso del elemento léxico «lograr», definido por el *DRAE* en su primera acepción como «Conseguir o alcanzar lo que se intenta o desea»).

En cuanto al segundo rasgo que proponíamos como caracterizador de estos ataques de Rajoy contra la imagen identitaria de Rubalcaba centrados en el fracaso del Gobierno, se trataba, recordemos, del uso de elementos léxicos semánticamente extremos. Veamos brevemente dos ejemplos:⁷

7. El primero pertenece al primer turno del segundo bloque; el segundo, al tercer turno del primer bloque.

(12)

RAJOY: Y fíjese usted qué dato más brutal para los españoles: la desigualdad entre los ingresos de los españoles, entre los más ricos y los más pobres, es la mayor desde que la Unión Europea comenzó a hacer estadísticas, desde 1995.

(13)

RAJOY: En los últimos doce meses, gobernando ustedes, fíjense, el crédito a las administraciones aumentó 93.000 millones y el crédito a las empresas y a las familias bajó en 57.000 millones. Esa es la consecuencia de su política de dispendio.

Vemos cómo, en (12), el dato del que es responsable el Gobierno socialista no es que sea *malo* o *negativo*, sino que es *brutal*, con todas las connotaciones que un término como este lleva aparejadas; y cómo, en (13), que citábamos más arriba como (4), lo que podría haber sido aludido como política de *gasto* se convierte en política de *dispendio*, añadiendo los matices del exceso, por una parte, y de la innecesariedad, por otro, de dicho gasto.

En definitiva, por tanto, para concluir con el análisis de la estrategia 1.1, ha quedado de manifiesto que son muy variados los asuntos que pueden ser objeto de crítica (fracasos en la gestión, actitudes inapropiadas, proyectos cuestionables, etc.) y variado también el modo en que puede hacerse que dicha crítica salpique a la imagen del adversario, ya sea a la cualitativa (caso menos frecuente) ya a la identitaria (caso más habitual), al margen de las responsabilidades que, objetivamente, el atacado pueda tener al respecto. El modelo, el caso más típico del uso de esta estrategia, nos muestra a un Rajoy poniendo de manifiesto el fracaso en el gobierno de quienes no hacían sino empeorar, día a día, la situación del país.

5.1.2. Estrategia 1.3: «Acusarlo de ignorancia, incompetencia o inacción»

En términos de frecuencia de uso, podemos comenzar por señalar que esta tercera estrategia ocupa una posición:

- a) de importancia secundaria dentro de la primera macroestrategia, con un uso mucho menor que las estrategias 1.1 y 1.2;
- b) de segundo nivel, pero aún de relevancia, dentro del conjunto de las 16 estrategias, pues, sin encontrarse entre las cuatro más usadas (entre las que sí están la 1.1 y la 1.2, y que se sitúan por encima del 9 % de uso), se

encuadra en el segundo grupo en cuanto a frecuencia de aparición, otras tres estrategias con un peso en el entorno del 5-6 % total de uso cada una (en este caso concreto, un 4,89 %).

No perdamos de vista, por otra parte, que el subgrupo formado por las estrategias 1.1 y 1.3 constituye, en el cara a cara, un arma típicamente usada por el aspirante en su intento de demoler ante la audiencia la imagen pública del candidato del partido gobernante. De hecho, por lo que respecta a esta tercera estrategia, nuestros datos muestran, efectivamente, que, aunque no se trate de un recurso central en el discurso de ninguno de los dos candidatos (en Rajoy supone un 6,21 % del total del uso de estrategias, la sexta más usada; en Rubalcaba, un 3,44 %, la octava), es el candidato popular quien se sirve apreciablemente más de ella, hasta el punto de doblar al socialista en términos absolutos (18 usos el primero frente a 9 el segundo).

Las acusaciones de incompetencia son presentadas por Luginbühl (2007: 1378-1379) como una de las herramientas esenciales para el ejercicio de lo que él llama la *violencia conversacional* en el debate político. Y parece claro que, más allá de mostrar la inconveniencia y el fracaso de todo lo que hace y propone el adversario, un buen argumento para asociarlo con la negatividad es dejar claro que tanto él como los suyos resultan incapaces en los más variados aspectos. Manejamos, en este sentido, dos parámetros, el cruce de cuyas variables resulta de interés a la hora de clasificar y entender la distinta naturaleza de las diferentes apariciones de esta estrategia: por un lado, en cuanto al aspecto de la imagen del adversario que resulta atacado, encontramos aquellos casos que atacan su imagen cualitativa y aquellos que atentan contra su imagen identitaria; por otro lado, en cuanto a la capacidad –o, mejor dicho, incapacidad– del adversario atacada, hallamos los ataques contra su ignorancia, contra su incompetencia y contra su inacción. De la combinación de unos y otros obtenemos la siguiente tabla:

Tabla 1. Parámetros clasificatorios de los usos de la estrategia 1.3

	Imagen cualitativa	Imagen identitaria
Ignorancia	a	--
Incompetencia	b	c
Inacción	--	d

Conforme a la tabla, vemos que, de los seis potenciales tipos de ataques basados en esta estrategia, encontramos manifestaciones en cuatro de los casos. La relevancia, además, de unos y otros grupos es bastante desigual, con un marcado protagonismo del grupo *a*, el de los ataques contra la imagen cualitativa basados en la ignorancia del adversario. Y es interesante advertir que, siendo ese grupo *a* relevante en el discurso de ambos candidatos, el resto fueron patrimonio prácticamente exclusivo de Rajoy: suyos fueron todos los ataques a la incompetencia rival, tanto personal como grupal (grupos *b* y *c*), así como dos de los tres ataques del grupo *d*, esto es, los dirigidos contra la inacción del adversario.

El principal argumento, por consiguiente, que se maneja en esta estrategia (grupo *a*) es que el adversario no es sino un ignorante, por lo que difícilmente será merecedor del voto. Dentro de este grupo de ataques, más allá de algunos ejemplos aislados de otros tipos, encontramos dos subgrupos. En primer lugar, aquellos en los que el ataque personal a la ignorancia del candidato se combina con algún mecanismo que busca la burla (es decir, la ejecución simultánea de la estrategia 3. 4, «burlarse de él, ridiculizarle»), con dos variantes:

(14)

RAJOY: [...] ustedes. Sí. ¿Cómo no tiene [...] RUBALCABA: No tie/ no tiene nada que ver con el desempleo.

RAJOY: nada que ver con el desempleo? Sí, sí, sí.
RUBALCABA: No:: señor Rajoy. No está metido/ no está

RAJOY: Sí tiene que ver con el desempleo.
RUBALCABA: metido el desempleo. Se lo han contado a usted mal.

(15)

RAJOY: ¡Ah!, pues me preocupa mucho:: . Mala conclusión. Mn::
RUBALCABA: Y/ y:: pues pues s/ pues eh::

RAJOY: Se lo han explicado mal. Se lo [. . .]
RUBALCABA: No mala conclusión, pe/ perdóneme, no, no no.

Tanto el pasaje (14) como el (15)⁸ son muestras de la primera de las dos variantes, la del «se lo han contado mal», una en boca de cada uno de los dos can-

8. El (14) procede del cuarto turno del primer bloque temático; el (15), del segundo turno del bloque temático central.

didatos. En el primer caso, discutían sobre el llamado «modelo austriaco» en relación con el desempleo; en el segundo, sobre si Rajoy tenía o no interés en el problema de la financiación de la sanidad pública. Y, en ambos casos, la técnica funciona de idéntica manera: ante una discrepancia abierta, en lugar de otro tipo de argumentos, se opta por la descalificación: el adversario no sabe de lo que habla. El factor de burla contribuye, además, a empequeñecer aún más al rival: su ignorancia es tal que se limita a reproducir lo que le cuentan sus asesores, de manera que, por su falta de criterio y formación, repite lo que estos le cuentan incluso aunque sea erróneo, pues es incapaz de percatarse de ello.

Dentro del grupo *a*, el ataque contra la imagen cualitativa basado en la ignorancia del candidato, hallamos, decíamos, dos subgrupos, siendo el primero de ellos el que combina el ataque a la ignorancia con la burla. La segunda variante de ese subgrupo, además del «se lo han contado mal», es la del «pregúntele usted a...», ejemplificada en (16), procedente del quinto turno del primer bloque temático:

(16)

RUBALCABA: Me dice usted: «Las grandes fortunas, ¿cómo lo va a hacer?» Pregúntele al señor Sarkozy, que lo acaba de hacer ahora mismo. No es muy difícil, e/ exactamente igual: un impuesto de grandes fortunas como el que tiene Francia. No es muy complicado, señor Rajoy. Está en francés, eso sí, y hay que traducirlo, pero nada más.

En este caso, se hace ver que el adversario ignora algo que es sencillamente elemental, de lo que, además, tiene ejemplos bien a la mano. El efecto burlón se cuela en el ataque, en este caso, por la vía del recurso al mecanismo discursivo de la intertextualidad, mediante el cual parecen evocarse usos típicos del lenguaje infantil, del tipo «pregúntale a la seño».

El segundo subgrupo del grupo *a* acumula una serie de ejemplos con el rasgo común de basarse en el mecanismo de la ruptura de una convención de cortesía, concretamente en la realización de un ofrecimiento falsamente cortés. Es el único subtipo en el que destacó Rubalcaba y sus ejemplos siguen siempre el mismo patrón, como en (17), un intercambio del tercer turno del bloque temático central:

(17)

RUBALCABA: ¡Qué cosas dice, [hombre]! ¡Pero qué cosas [...]
RAJOY: Es que yo estaba allí y yo estaba allí cuando

RUBALCABA: dice! Pero le voy a pasar mañana la cinta de P/

RAJOY: se tomó el acuerdo de pedir el crédito. Yo tuve que votarlo.

RUBALCABA: del señor Pizarro y del señor Solbes, que se lo explicó, hombre.
 RAJOY: Pues pues pásemela [...].

Vemos cómo Rubalcaba, a raíz –cómo no– de una discrepancia con su adversario, realiza lo que, en otras condiciones de enunciación, bien podría funcionar como un acto de cortesía: imaginemos a dos amigos charlando sobre una interesante novela que uno de ellos ha leído y el otro no, cuando el primero dice «pues mañana, cuando venga, te la voy a traer». Se trata, parece claro, de un ofrecimiento cortés, mediante el cual, el hablante refuerza su relación social con el interlocutor. En nuestro caso, decimos, el mecanismo es, aparentemente, el mismo, con la diferencia de que el contexto, en pleno enfrentamiento, cancela manifiestamente cualquier interpretación cortés: si Rubalcaba ofrece pasarle la cinta a Rajoy, no es para colaborar con él en ningún sentido sino, sencillamente, para poner de manifiesto su ignorancia sobre algo que, según él, posee una sencilla explicación.

Resumiendo, pues, antes de seguir adelante, recordemos que el grupo *a*, dentro de los subtipos de esta estrategia, reúne los ataques dirigidos contra la ignorancia del adversario, todos contra su imagen cualitativa, con las siguientes variantes:

- a.1. Los que se combinan con una burla.
 - a.1.1. Del tipo «se lo han contado mal».
 - a.1.2. Del tipo «pregúntele usted a...».
- a.2. Los que se basan en un ofrecimiento falsamente cortés.

Pero el adversario no solo es un ignorante (grupo *a*), sino que también es un incompetente (grupo *b*), como le pasa a Rubalcaba, que –según Rajoy, claro– no entiende las cosas (18) ni se las estudia (19):⁹

(18)
 RAJOY: [. . .] vamos a ver. Si le/ si lee el programa y no lo
 RUBALCABA: [...] la sanidad pública, tendré que c/ tendré que [concluir] [sí]

RAJOY: entiendo o si: me escucha a mí
 RUBALCABA: Lo entiendo. Lo entiendo. Lo entiendo muy bien.

RAJOY: y no lo entiende, tenemos un problema.

9. Ambos pasajes proceden del tercer turno del segundo bloque temático.

(19)

RUBALCABA: Pero mm:: mm:: yo
RAJOY: No, ¡hombre!, yo no soy como usted, hombre, que yo

RUBALCABA: me lo he leído. Yo me lo he le/ no me he leído [...]

RAJOY: me leo las cosas y me las estudio.

La acusación de incompetencia (grupos *b* y *c*) es, después de la de ignorancia (grupo *a*), la segunda más importante dentro de esta estrategia, reuniendo ataques contra la imagen cualitativa del candidato (grupo *b*, que acabamos de ejemplificar) con otros dirigidos contra su imagen identitaria, es decir, de carácter grupal (grupo *c*). Encontramos, a continuación, dos ejemplos de este último tipo, ambos con palabras de Rajoy contra el Gobierno socialista:

(20)

RAJOY: Bueno, y eso ¿por qué ha pasado? Pues ha pasado porque no han gestionado bien la economía. Si lo hubieran hecho bien, la crisis no nos hubiera afectado o nos hubiera afectado menos [...].

(21)

RAJOY: Si es que se han/ han tenido que hacer recortes porque han sido poco competentes y poco diligentes a la hora de gestionar la economía de los españoles.

En (20), del primer turno del primer bloque temático, Rajoy, tras una apocalíptica descripción de la situación nacional, ofrece una sencilla explicación a ella: la incompetencia del Gobierno. Y algo muy semejante puede decirse de (21), esta vez a cuenta de los recortes, en el segundo turno del bloque central del debate.

Conforme a la tabla 1, recordemos, los casos de esta estrategia dirigidos contra la imagen identitaria del adversario podían apuntar a la incompetencia de los suyos (grupo *c*) o bien a su inacción (grupo *d*). Detengámonos brevemente en este último subtipo, con un ejemplo del segundo turno del debate, en palabras –una vez más– de Rajoy:

(22)

RAJOY: ¿Por qué no hicieron nada? Es que no hicieron absolutamente nada. Es decir, es que su única estrategia es echarle la culpa al Partido Popular, que, por cierto, dejó una tasa de paro por debajo del 10 %, echarle la culpa a Estados Unidos, echarle la culpa a Grecia, echarle la culpa a los especuladores.

El ejemplo es bastante elocuente: el gobierno, probablemente a causa de su incompetencia (*c*), es incapaz de hacer nada (*d*) para remediar la situación del país.

Recordemos, por tanto, para concluir con el análisis de esta estrategia, que los ataques dirigidos contra la ignorancia, incompetencia o inacción del adversario, teniendo una importancia relativamente secundaria en nuestro debate, fueron apreciablemente más sobresalientes, conforme a lo habitual, en el candidato de la oposición, Rajoy, que hizo un mayor uso de sus distintas variantes, tanto de las dirigidas contra la imagen cualitativa del rival (más frecuentes) como de las que atentaban contra su imagen identitaria (menos numerosas).

6. Conclusiones

Las investigaciones en el campo de la comunicación política, frenadas por la falta de libertades existente en España durante buena parte del siglo xx, han crecido rápidamente en las últimas décadas y recuperado una parte del terreno perdido. Los trabajos sobre la descortesía poseen también una pujanza creciente, internacionalmente, desde finales del siglo pasado. Pues bien, de la intersección entre ambos campos de interés surge la presente investigación, inserta en un trabajo, actualmente en elaboración, de mayores dimensiones.

Comenzábamos por esbozar una caracterización de los tres aspectos que articulan la investigación (estrategias funcionales de descortesía, mecanismos empleados en su ejecución y repercusiones sociales de los actos descortesos), en la cual creemos haber dejado claro en qué medida la acción analítica acompañada de esas tres perspectivas complementarias puede ser capaz de enriquecer nuestra percepción del objeto analizado. Al amplio abanico de mecanismos contemplado en la clasificación empleada se une el potencial de la teoría escogida para el análisis de las repercusiones descorteses de los ataques, la de Spencer-Oatey (2002, 2008), sin duda una de las más atractivas del panorama investigador actual.

Nos hemos centrado, a partir de ahí, en el análisis de las estrategias funcionales, reflexionando sobre su naturaleza y presentando las dieciséis estrategias, agrupadas en cuatro macroestrategias, aisladas en la minuciosa investigación sobre el corpus estudiado. Una primera aproximación general mostró el especial peso cuantitativo de dos de las cuatro macroestrategias, a saber, la primera, «asociar al adversario con hechos (proyectos, valores, comportamientos, etc.) negativos», y la cuarta, «invadir el espacio del adversario, plantearle obstáculos». Tras las interesantes consideraciones a las que tal hecho conduce, nos

hemos detenido en la caracterización detallada de la primera macroestrategia, con mucho la más importante.

Caracterizada por reunir ataques contra la imagen del adversario (a diferencia de otras, en las que los ataques contra los derechos de socialización ganan mucho peso), la primera macroestrategia engloba cuatro estrategias susceptibles de subagruparse en dos bloques: aquellas que surgen principalmente como reacción a movimientos discursivos previos del interlocutor y aquellas que se basan en un principio general de crítica contra el adversario. A partir de esta distinción, nos hemos centrado en el análisis del segundo de esos subgrupos, formado por dos estrategias típicamente asociadas a la actitud del candidato de la oposición, que tiende a utilizarlas contra el candidato del partido del Gobierno con mucha mayor frecuencia que a la inversa, como muestran los datos de Blas Arroyo (2011) sobre los debates González-Aznar y también nuestros datos del debate Rubalcaba-Rajoy.

En el análisis de la primera de dichas estrategias, «criticar (o mostrar el fracaso de) sus ideas, acciones, etc.», hemos visto que la crítica puede adoptar un perfil individual, cuando se centra en dañar lo máximo posible la imagen cualitativa del adversario, o bien, más frecuentemente, adoptar un perfil grupal y dirigirse contra la imagen identitaria del rival mediante el ataque a grupos en los que se integra, a los que está vinculado, etc. No extraña que el ataque prototípico de este grupo fuera el realizado por Rajoy contra el Gobierno socialista al que su interlocutor había pertenecido hasta poco tiempo antes, vínculo que el popular se esforzaba por resaltar para dañar su imagen lo máximo posible ante la audiencia. Ese tipo de ataques destacó, en lo conceptual, por la insistencia en que el gobierno no había hecho sino empeorar las cosas; y, en cuanto a los mecanismos empleados, por el uso frecuente de elementos léxicos extremos a la hora de acentuar la sensación de negatividad.

En cuanto a la segunda estrategia, «acusarlo de ignorancia, incompetencia o inacción», aunque de menor peso cuantitativo, ha demostrado un interesante potencial para el ataque contra el adversario, que puede adquirir diversas configuraciones en función del cruce de dos parámetros, como son el aspecto del rival contra el que se dirige (ignorancia, incompetencia, inacción) y la faceta de su imagen a la que ataca (cualitativa o identitaria). Comprobamos que los ataques relativos a la ignorancia atentan siempre contra la imagen cualitativa (con diversas variantes) y que los ataques contra la inacción se dirigen contra la imagen identitaria, mientras que los ataques contra la incompetencia pueden adquirir una configuración tanto individual como grupal. De este modo, el análisis de esta estrategia, como el de la anterior, ha puesto de manifiesto cómo la

consideración integrada de los tres aspectos contemplados por la investigación es capital para una adecuada comprensión de los fenómenos en su conjunto.

Concluimos recordando que este trabajo se integra en una investigación de mayores dimensiones, en la que se indaga para caracterizar con detalle la naturaleza cualitativa e importancia cuantitativa de las dieciséis estrategias propuestas, así como el funcionamiento del variado abanico de mecanismos destacables en su ejecución y la caracterización (también cualitativa y cuantitativa) de las repercusiones sociales de los ataques desde el punto de vista de la teoría de la gestión interrelacional. Estamos convencidos de que el conjunto de la investigación ofrecerá una imagen global muy ajustada del funcionamiento de la descortesía en el debate electoral cara a cara.

Referencias bibliográficas

- ALBELDA MARCO, M.; M. J. BARROS GARCÍA** (2013): *La cortesía en la comunicación*, Madrid, Arco/Libros.
- BAÑÓN HERNÁNDEZ, A. M.** (2010): «Pausa y descortesía en el debate político-electoral», *Español Actual*, 94: 9-46.
- BLAS ARROYO, J. L.** (2001): «‘No diga chorradas...’ La descortesía en el debate político cara a cara. Una aproximación pragma-variacionista», *Oralia*, 4: 9-45.
- (2003): «‘Perdóneme que se lo diga, pero vuelve usted a faltar a la verdad, señor González’: Form and Function of Politic Verbal Behaviour in Face-to-Face Spanish Political Debates», *Discourse & Society*, 14: 395-423.
- (2011): *Políticos en conflicto: una aproximación pragmático-discursiva al debate electoral cara a cara*, Berna, Peter Lang.
- BOUSFIELD, D.** (2008): *Impoliteness in Interaction*, Amsterdam, John Benjamins.
- BRAVO, D.** (2001): «Sobre la cortesía lingüística, estratégica y conversacional en español», *Oralia*, 4: 299-314.
- BRENES PEÑA, E.** (2009): «La agresividad como espectáculo en la televisión de hoy» en **FUENTES RODRÍGUEZ, C.; E. R. ALCAIDE LARA** (eds.) (2009): *Manifestaciones textuales de la descortesía y agresividad verbal en diversos ámbitos comunicativos*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 141-160.
- BROWN, P.; S. C. LEVINSON** (1978): «Universals in language usage: politeness phenomena» en **GOODY, E. N.** (ed.) (1978): *Questions and Politeness: Strategies in Social Interaction*. Cambridge, Cambridge University Press, 56-311.

- (1987): *Politeness. Some Universals in Language Use*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CULPEPER, J.** (1996): «Towards an anatomy of impoliteness», *Journal of Pragmatics*, 25: 349-367.
- (2011): *Impoliteness. Using Language to Cause Offence*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CULPEPER, J. et alii** (2010): «Cross-cultural variation in the perception of impoliteness: A study of impoliteness events reported by students in England, China, Finland, Germany and Turkey», *Intercultural Pragmatics*, 7: 597-624.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, F.** (2008): «Los debates Zapatero /vs/ Rajoy de 2008. Claves discursivas de una victoria», *LinRed*, 6: 1-37.
- (2013): «Parámetros para el análisis de la descortesía en el debate electoral» en **PAMIES, A.** (ed.) (2013): *De lingüística, traducción y léxico-fraseología*. Granada, Comares, 157-171.
- FUENTES RODRÍGUEZ, C.** (2013): «Argumentación, (des)cortesía y género en el discurso parlamentario», *Tonos digital*, 25: 1-20.
- FUENTES RODRÍGUEZ, C.; E. ALCAIDE LARA** (2008): *(Des)cortesía, agresividad y violencia verbal en la sociedad actual*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía.
- GARCÍA-PASTOR, M. D.** (2008): «Political campaign debates as zero-sum games: Impoliteness and power in candidates' exchanges» en **BOUSFIELD, D.; M. A. LOCHER** (eds.) (2008): *Impoliteness in Language: Studies on Its Interplay with Power in Theory and Practice*, Berlín, Mouton de Gruyter, 101-123.
- LEECH, G. N.** (1983): *Principles of Pragmatics*, Londres, Longman.
- LUGINBÜHL, M.** (2007): «Conversational violence in political TV debates: Forms and functions», *Journal of Pragmatics*, 39: 1371-1387.
- RIDAO RODRIGO, S.** (2009): «'Y es que usted cambia de criterio cada cuarto de hora': Las estrategias de (des)cortesía en los debates electorales españoles de 2008», *LinRed*, 7: 1-19.
- SPENCER-OATEY, H.** (2002): «Managing rapport in talk: Using rapport sensitive incidents to explore the motivational concerns underlying the management of relations», *Journal of Pragmatics*, 34: 529-545.
- (2005): «(Im)Politeness, face and perceptions of rapport: unpacking their bases and interrelationships», *Journal of Politeness Research*, 1: 95-119.
- (2007): «Theories of identity and the analysis of face», *Journal of Pragmatics*, 39: 639-656.

- (2008): «Face, (Im)Politeness and Rapport» en SPENCER-OATEY, H. (ed.): (2008): *Culturally Speaking. Culture, Communication and Politeness Theory*, Londres, Continuum, 11-47.
- WATTS, R. J. (2003): *Politeness*, Cambridge, Cambridge University Press.

Anexo

Convenciones de transcripción

El texto está, en general, regularizado y se utilizan en él signos de puntuación estándar. Los hablantes aparecen nombrados por su apellido, escrito en versales, y sus respectivas intervenciones aparecen separadas por un salto de línea en blanco. Sin embargo, cuando se produce un solapamiento, el texto aparece sin dicho espacio de interlineado entre las intervenciones que se superponen; además, en estas líneas que marcan la elocución superpuesta, el discorrir temporal de la elocución se refleja de izquierda a derecha, colocándose los fragmentos solapados uno debajo de otro. Si, terminada la línea, continúan las superposiciones, aparece un salto de línea en blanco y, de nuevo, las dos líneas (correspondientes, cada una, a una voz) juntas. Se utilizan, además, estas otras convenciones de transcripción:

texto/	La barra indica una ruptura en la elocución. El orador se interrumpe.
texto::	Los puntos indican un alargamiento en la pronunciación de un fonema, ya sea vocálico o consonántico.
[...]	Los tres puntos entre corchetes durante el desarrollo del ejemplo indican un pasaje no audible (con diferente separación entre los puntos en función de la extensión de dicho pasaje). Sin embargo, tres puntos entre corchetes justo al comienzo y/o al final del ejemplo indican estructura oracional incompleta.
[texto]	El texto entre corchetes indica un pasaje no del todo audible. Transcripción no enteramente fiable.
<texto>	El texto entre ángulos se acota para señalar en nota al pie algún aspecto específico sobre él, como pueda ser, por ejemplo, una entonación específica.